

Razón de nuestra esperanza

El reto peculiar de la etapa histórica que vivimos consiste en gran medida en lograr comunicar la novedad de Cristo a quienes consideran que se trata de una figura de algún modo superada. Artículo del profesor Lluís Clavel: [Ornitología de www.quepasa.es](#)

A la luz de su extraordinario testimonio, Juan Pablo II recorrió a todos los cristianos a la tarea de evangelizar aquellas personas y ambientes que, a causa de un largo proceso de secularización, ya no conocen a Cristo.

Muchos apenas han sido habidos de Jesús y, a la vez, se sienten insatisfechos ante las propuestas terrenales más difundidas en la opinión pública; otros han escuchado e incluso algo sabido de Jesús, pero en realidad lo conocen superficialmente o poseen una imagen deformada.

El reto peculiar de la etapa histórica que vivimos consiste en gran medida en lograr comunicar la novedad de Cristo a quienes consideran que se trata de una figura de algún modo superada.

Benedicto XVI ha querido asumir plenamente esta misión: en sus homilias, discursos, escritos, se esfuerza como nunca antes de ponerse en contacto con el verdadero Cristo y de suscitar la fe en Él.

Muchos, creyentes y no creyentes, corresponden a este reto, como se aprecia en la creciente atención que se presta a las palabras del Papa y en el notable aumento de las personas que acuden a la plaza de San Pedro para orar. También las todas constantes para crear ante la tumba de Juan Pablo II son una prueba de la reacción positiva de la gente a la llamada de la nueva evangelización, y de la latente necesidad que el mundo necesita tener de Dios.

FACILITAR EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO

En Predicaciones, el Espíritu de Verdad se presentó en forma de lenguas de fuego sobre María y los discípulos. Los Apóstoles hablaron con palabras que los millones de peregrinos presentes en Jerusalén escucharon con comprensión en su propio idioma.

Pero, como entonces, el Concilio nos impulsa a explicar estas argumentaciones y un lenguaje que se ajusta a cada ambiente y a cada persona. La situación cultural, política y mediática plantea la exigencia de encontrar razones convincentes para los diferentes contextos sociales, de elaborar ideas que atraigan, y de ofrecer soluciones prácticas a las dificultades.

De trata de dos motivaciones sólidas y comprensibles, de modo sereno, respetuoso y amable, como relacionando la primera carta de San Pedro: **glorificad a Cristo en vuestros cuerpos, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza, pero con mansedumbre y respeto [1].**

Alisa, como en los primeros pasos de la Iglesia, está un mejor conocimiento del rostro amable de Jesucristo y una fe más profunda con Él nos permitirán responder a nuestras contemporáneas con una noticia esperanzadora y siempre la que sigue descubriendo el amor como el único capaz de llenar con certeza los abismales vacíos de sentido en los que tantas veces nos perdemos.

Benedicto XVI insiste en la necesidad de fortalecer la razón, y en la importancia que ha tenido, ya en sus tiempos, el momento del cristianismo con la tradición filosófica helénica. Su primera encíclica, *Deus caritas est*, es un ejemplo de su voluntad de reconciliar razón y fe en el núcleo mismo del cristianismo, el amor divino: una racionalidad específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un momento que nos dice nuestra existencia misma sin salir del ámbito propio de la razón.

Por, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la línea de su impulso y la ayuda así a ser mejor «ella misma». La fe permite a la razón desmontar del mejor modo su contenido y ver más claramente lo que le es propio [2].

La fe se presenta como algo de la razón, como una limitación trascendente, como una luz más potente que se difunde en nuestra inteligencia humana pero Benedicto XVI reivindica también el papel que la razón puede desempeñar como herramienta crítica de la religión misma.

La razón, al igual que la trascendencia, es la búsqueda de la verdad. El cristianismo ofrece la perspectiva cristiana una base para el diálogo con otras creencias más allá, en un terreno fundamental para que la religión no degenerate en superstición. De este modo, se puede decir que la razón pertenece al núcleo de la tarea del teólogo, y también a la existencia teológica cristiana, en la medida en que tiene presente el Papa, *Verbum et Veritas: The Philosophy and Theology of the Vatican II Council* [3].

A la luz de la Revelación cristiana, que muestra cómo es el principio que el logos [4], la razón implica un ser no se cierra en las realidades sensibles, sino que se abre a la verdad absoluta de algún modo los interrogantes fundamentales del hombre, y se ocupa de purificar la fe en la que se vive la fe [5]. La fe y la razón están como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la Verdad [6].

REFLEXIONAR EL MUNDICHO DE LA RAZÓN, UNA TAREA UNIVERSITARIA

Al abordar las relaciones entre la razón y la fe, el cristiano debe contar con la diversidad de las ciencias. Actualmente, la especialización es una característica patente en la organización de las ciencias: ciencias a ellas, además, el progreso científico ha resultado en el último siglo un notable espacio.

En bastantes ocasiones, sin embargo, es posible que el científico sea llevado por su mismo trabajo a plantearse cuestiones que nunca podrá resolver con su propio método de conocimiento; esta carencia muestra la necesidad de estimular la colaboración entre los expertos de las distintas ramas del saber, para sumar enfoques y llegar así a una solución conjunta.

La búsqueda de una nueva armonía entre fe y razón es una tarea especialmente propia de la universidad. Esta se debería convertir en una gran laboratoria en el que, según las diversas disciplinas, se elaboran itinerarios siempre nuevos de investigación en una confrontación equilibrada entre fe y razón [7]. ... es una aventura que estábamos en, lo es porque, volviéndose dentro de este horizonte de sentido, se descubre la unidad intrínseca que existe entre las diversas ramas del saber: la teología, la filosofía, la medicina, la economía, cada disciplina, incluidas las tecnologías más especializadas, porque todo está unido [7].

En la universidad, se combata la universalidad de los conocimientos humanos y se manifiesta la dependencia entre el crecimiento de la persona humana y el plan creador divino: la investigación tiene cualquier otro trabajo necesario porque nuestro deber es habitar el mundo, al tiempo que progresa a cada generación un compromiso con el futuro.

Para realizar esta gran aventura de búsqueda cultural, Benedicto XVI quiere un camino: «la razón científica moderna ha de aceptar simplemente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestra espíritu y las estructuras racionales que surgen en la naturaleza como un dato de hecho, en el cual se basa el método».

Razón de nuestra esperanza

Abra bien, la pregunta sobre el porqué existe este libro de hecho, la deben plantear las ciencias naturales a otros campos más amplios y otros del pensamiento, como son la filosofía y la teología (8). Los que cultivan las ciencias particulares han de abrirse, por lo tanto, a un ámbito superior capaz de dilucidar una multiplicidad de realidades, en donde sea posible percibir una coherencia que de unidad a esos conocimientos: el modo mismo su significado en la capacidad unificadora de la Inteligencia, pero esta ha de desplegarse a un más allá trascendente, que confiera su sentido último a la existencia.

Por otra parte, la apertura universal de la razón afecta también a las ciencias y a las filosofías, que no pueden aislarse y prescindir de las otras ciencias. La filosofía más particular la metafísica utiliza conocimientos de las demás disciplinas y establece sus presupuestos, tratados de axiomas y justificaciones. En su saber abstrado a las cuestiones de principios, pero de ningún modo hace abstracción las demás ciencias (9).

Además, la apertura de la razón reclama que filosofía y teología reflexionen sobre otras dimensiones de la existencia humana, como son las grandes experiencias religiosas, como son el diálogo de las culturas orientales a nuestros intelectuales a esta gran tarea, a esta apertura de la razón. Redondearla constantemente por nosotros mismos en la gran tarea de la interrelación (10).

UNA LIBERTAD PERSONAL, FUENTE DE LA UNIDAD DE VIDA

Las relaciones entre fe y razón no se manifiestan sólo en el ámbito universitario: podemos considerar las enseñanzas de Juan Pablo II y Benedicto XVI como llamamientos de la Providencia a expresar mejor la armonía entre la fe y la razón.

Responde a esta llamada obliga a cuidar la propia formación y a considerar cómo la fe ilumina la inteligencia en nuestra existencia: incluso porque pone límites para que nuestra razón sea sabia.

En palabras de San Juan Pablo II, una mente autenticamente cristiana deberá poseer **capacidad de búsqueda, y una profundización serena, en el pensamiento vivo de la verdad católica**: [«*Esta obra y esta 'lucha intelectual' de renovar las estructuras típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la integración de la historia...*]. Una **ciudadana atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneo**, y **una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual, de las estructuras sociales y de las formas de vida**. (11).

Como no todas las personas tienen las mismas oportunidades, ni capacidades, ni intereses para profundizar en la formación cultural, las actividades públicas se concretarán en cada caso de modo diverso; pero en todos los casos se espera un interés para considerar los límites que pone en la tarea de comprender mejor los problemas de nuestro tiempo y ser más incisivos en las preguntas que surgen.

La familiaridad con la dimensión racional de la fe es una parte fundamental de la formación teológica de todo cristiano, y ciertamente un factor importante del don de lenguaje que San Juan Pablo II pide para el apóstol moderno (12).

Las lecturas de unidad ayudan en muchos aspectos: abren conocimientos, informaciones, cubren del lenguaje, educación de los sentimientos y hábitos... La lectura puede ser un medio muy apropiado para explicar los propios sentimientos. Sin duda, la lectura acompaña también la formulación de ciertos proyectos y puede explicar mejor las informaciones que se reciben desde los medios de comunicación pero, en relación frecuente, algunas lecturas de vida ofrecen al lector un desafío a ideas literarias o de pensamiento que le permiten reorganizar la información del texto: incluso a muchas personas a buscar un sentido propio, como el que propugnamos la teología o las ciencias de pura ciencia.

Respecto en las nuevas generaciones, es útil recordar que la cultura personal y colectiva depende mucho del ambiente en el que uno se ha formado. Por eso, para rehabilitar la razón y ejercitarla en armonía con la fe, es decisivo que la educación que se recibe en la familia o en el colegio ayude a apreciar, ya desde la infancia, la belleza del bien, de los comportamientos virtuosos y de las obras íntegramente buenas. De los padres, profesores, tutores y amigos depende que los jóvenes se aficionen pronto a la lectura y practiquen con los libros una participación en el lenguaje que es un privilegio.

Otro aspecto de la mentalidad universal es la actitud positiva y abierta frente a las corrientes de pensamiento. Para poder devolver a los hombres que Cristo es la respuesta a sus inquietudes, es necesario mostrar que nos hacemos cargo de los problemas y de las soluciones que nos propone el intelecto, por equivocadas que nos puedan parecer.

No sólo académicamente estudiamos y universalmente se analiza y expone la posición del otro, incluso cuando sea contraria a la persona, con respeto, sin ridiculizarla, también en serio, con todo el atractivo que pueda tener.

Respecto con todas las preguntas cristianas ayuda a renovar preguntas, estimula a renovar las propias ideas, a pensar seriamente en un modo de renovar utilizando frecuentemente por el Papa Benedicto XVI. Dicho esto primer paso puede llevar a los que se abren a aceptar algo sin intelectualismo, o a que consideren Equívoco con razón que la respuesta no responde al problema planteado: el argumento de autoridad tiene una vigencia limitada y, de hecho, en la mayor parte de los temas no es suficiente por el contrario, gracias en las razones del otro puede poner de relieve las limitaciones de una idea, por muy generalizada que sea, en el mundo que vivimos y sus implicaciones prácticas.

En un verdadero interés desinteresado las cosas, además por el otro, no llegamos nunca a comprenderlo a fondo, como es sólo el amor verdadero de la caridad.

LA MEMORIA COMO FUENTE DE LA UNIDAD PERSONAL

El uso de la razón en su función argumentativa y crítica ayuda a poder el modo a hablar de Dios en el mundo profesional y público, a no limitar la labor apostólica al ámbito privado, familiar y afectivo.

La cultura actual exige que los cristianos participen en los debates públicos sobre temas de interés general, y que lo hagan manifestando su unidad de vida. De este modo se potenciará un debate auténticamente serio y razonado, con un lenguaje cuidado que contribuya a la convivencia pacífica.

Hay, en algunas lecturas, se pretenden poner como base del diálogo político un cierto relativismo, que ignora cualquier concepción trascendente del hombre. Fundamentalmente, se presenta relacionado con la tolerancia, como queriendo afirmar que creer en Dios impide para comprender los problemas y necesidades de quienes no tienen fe o incluso que el cuerpo, o la base de diálogo, pretenda imponer aunque no sea necesario de vivir una conciencia que sea genuinamente subjetiva.

En este sentido, el relativismo no es una condición para el progreso, ni el resultado de un mayor respeto a la libertad, hasta considerar la historia para ver la aportación decisiva del cristianismo en el desarrollo de la dignidad humana, de la confianza en la razón y en los valores de la libre convivencia.

La fe no ha perdido ninguna de sus virtualidades por eso, frente a las dificultades de la existencia que relega la religión a lo privado, el cristiano no puede dejarse llevar por el desánimo o por la tentación de ocultar sus creencias. Esto sería una manifestación de timidez, de coquetería y, en definitiva, de no haber captado la profunda relación entre razón y fe.

El diálogo público requiere unas actitudes para contribuir al bien común: espíritu de colaboración, que propugna, sea relaciones a los problemas sociales. En este sentido, la mentalidad actual de la Iglesia propone un llamado a la virtud del designio de amor de Dios sobre la historia: un llamado integral y holístico, que puede actuar en nuestro mundo actual, fomentando la dignidad y libertad de la persona (13): quien no tiene fe o no cree en el relativismo depende de sólo reconocer a esa concepción cristiana del hombre, sino que olvidará de su propia condición, de tal modo que privará a los temas de su personal aportación al bien común.

Ciertamente, la Iglesia no pretende imponer su fe a quienes no la tienen, pero la unidad de la concepción del hombre pueden reconocerse, al menos en parte, los no creyentes. Una de sus contribuciones a la vida civil y política consiste en ofrecer argumentos razonables: uno hay que evitarlo, cuando las Iglesias o las comunidades eclesiales intervienen en el debate público, expresando reservas o reservas: ciertos argumentos, pero no constituye una forma de indiferencia o una indiferencia, puesto que esas intervenciones sólo están destinadas a iluminar las decisiones, preferencias antes libre y responsablemente de acuerdo con las verdaderas exigencias de Justicia (14).

